

BUSCANDO A PEDRO GARFIAS

Juan Gaitán

Manolo Díez de los Ríos fue el primero que me habló de Pedro Garfias. Yo había cantado mucho un poema suyo que musicó Víctor Manuel, “Asturias”, pero no sabía que fuera un poema de Garfias. Casi nadie lo sabía.

Manolo fue quien me contó de su vida, de su exilio en Méjico, de su alcoholismo, de sus últimos poemas escritos en las servilletas de papel de las tabernas. Manolo había investigado a fondo a este poeta y por eso la revista Litoral le encargó un prólogo para el número especial que le dedicó a Garfias en 1982. Un prólogo manuscrito, con la bellísima letra de Manolo, que todo lo escribía en versalitas. Ese número de Litoral también estaba agotado desde casi su salida y nunca se reeditó.

Andábamos por 1988. Manolo me contó que existía un libro con su poesía completa, editado por la Universidad de Córdoba. Busqué el libro con ahínco, pero con nula fortuna. Entonces no existía Internet ni la facilidad de buscar desde tu teléfono cualquier cosa en cualquier lugar del mundo. Durante años, con paciencia y esperanza, preguntaba en todas las librerías que me salían al paso, siempre con el mismo resultado.

Muchos años después, una mañana que paseaba con unos amigos por Córdoba, pasé por la puerta de la Librería Luque. Con la costumbre asimilada entré y pregunté. De pronto la fortuna me miró a la cara. El librero (luego supe que era el propietario), me dijo:

- Está agotadísimo, pero yo tengo un ejemplar en casa. Está algo deteriorado, pero en buen uso aún. Si lo quiere, por 1.500 pesetas es suyo.

Claro que lo quería. Pero la cuestión es que no podría llevármelo en ese momento. El tipo no estaba dispuesto a ir a su casa (no sé si estaría lejos o simplemente no le apetecía), así que me proponía que le pagase las 1.500 pesetas (no era barato) y aguardase a que él me lo enviase por correo. Acepté el trato.

El mundo entonces iba más despacio. Todo aquello ocurrió un sábado por la mañana. Yo calculé que por mucha prisa que se diese, hasta el lunes no enviaría el libro. Por correos, por supuesto, nada de mensajería urgente. Mínimo, calculé, diez días de incertidumbre. Tenerlo tan cerca y no poderlo tocar...

Llegó al día noveno. Envuelto en papel de estraza, concienzudamente. Era muy leve el deterioro y muy esperado el contenido. Ahí firmé mi pacto definitivo de complicidad con el poeta.

Otra vez pasaron un buen puñado de años. Ya Manolo Díez de los Ríos se me había muerto. En una feria de libros de ocasión, ojeando desganadamente uno de los mostradores, encontré un ejemplar del número especial dedicado a Pedro Garfias por Litoral, con el prólogo manuscrito con la bellísima letra en versales de Manolo. Lo compré. No recuerdo cuánto pagué por él, creo que fue un precio razonable. El tipo que me lo vendió no sabía que hubiera dado cuanto me hubiese pedido por aquel volumen dedicado al autor del mejor poemario del exilio español, “Primavera en Eaton Hastings”, que llevaba impresa la maravillosa letra de mi amigo, que de esa forma me seguía hablando de Pedro.

Sin embargo, una de las más bellas historias que sé de Pedro, una que nunca he podido leer o contar sin verme sobrecogido, sin que aflore la emoción, no la supe por Manolo. La cuenta Pablo Neruda en su autobiografía, “Confieso que he vivido”, y gira en torno a las circunstancias de esa primavera: “... el poeta andaluz Pedro Garfias fue a parar en el destierro al castillo de un lord, en Escocia. El castillo estaba siempre solo y Garfias, andaluz inquieto, iba cada día a la taberna del condado y silenciosamente, pues no hablaba el inglés, sino apenas un español gitano que yo mismo no le entendía, bebía melancólicamente su solitaria cerveza. Este parroquiano mudo llamó la atención del tabernero. Una noche, cuando ya todos los bebedores se habían marchado, el tabernero le rogó que se quedara y continuaron ellos bebiendo en silencio, junto al fuego de la chimenea que chisporroteaba y hablaba por los dos. Se hizo un rito esta invitación. Cada noche Garfias era acogido por el tabernero, solitario como él, sin mujer y sin familia. Poco a poco sus lenguas se desataron. Garfias le contaba toda la guerra de España, con interjecciones, con juramentos, con imprecaciones muy andaluzas. El tabernero lo escuchaba en religioso silencio, sin entender naturalmente una sola palabra. A su vez, el escocés comenzó a contar sus desventuras, probablemente la historia de su mujer que lo abandonó, probablemente las hazañas de sus hijos cuyos retratos de uniforme militar adornaban la chimenea. Digo probablemente porque, durante los largos meses que duraron estas extrañas conversaciones, Garfias tampoco entendió una palabra. Sin embargo, la amistad de los dos hombres solitarios que hablaban apasionadamente cada uno de sus asuntos y en su idioma, inaccesible para el otro, se fue acrecentando y el verse cada noche y hablarse hasta el amanecer se convirtió en una necesidad para ambos. Cuando Garfias debió partir para México se despidieron bebiendo y hablando, abrazándose y llorando. La emoción que los unía tan profundamente era la separación de sus soledades. —Pedro —le dije muchas veces al poeta—, ¿qué crees tú que te contaba? —Nunca entendí una palabra, Pablo, pero cuando lo escuchaba tuve siempre la sensación, la certeza de comprenderlo. Y cuando yo hablaba, estaba seguro de que él también me comprendía a mí”.

Neruda era escritor, no cronista. Añade cosas de su cosecha, modifica otras, no sé si para mejorar el relato o porque rellena aquellas partes que

su memoria ha olvidado. Eaton Hastings no está en Escocia. Está en Oxfordshire, cerca de la ciudad de Oxford, y es una pequeña parroquia, un lugar minúsculo, una aldea. Damos por bueno lo demás del relato, la existencia del lord, del castillo y, por supuesto, de la taberna del condado, que sería un humilde “pub” seguramente regentado por un inglés, no por un escocés. Pero la forma en que lo cuenta Neruda nos hace sentir profundamente esta estremecedora historia de soledad y tristeza sobre un poeta que tiene uno la sensación, después de haberlo buscado durante media vida, de que siempre estuvo inevitablemente solo y triste.